Para Heredar la Tierra

Patrocinio gil

II Certamen Nacional de
relatos cortos
"Zenobia"



II Certamen Nacional de relatos cortos "Zenobia"



Universidad de Huelva



Ayuntamiento Moguer

Para Heredar la Tierra

Patrocinio Gil

Lo de la flor debió ser cosa del abuelo cuando le encargó al cura que les escribiera, porque todos vinieron con una en la mano, como he venido yo, esta tarde amarilla, a una semana ya de que él se fuera al otro barrio, con unas correruelas que arranqué en el lindero, a contarte una miaja de cómo van las cosas después del ajetreo, y a decirte que tengo veinte primos, que estuvieron aquí pero que no llegaron a tiempo de verle en su sano juicio. Que todo comenzó aquella tarde azul que se tornó en nublado y el agua se paseó por los sembrados y el tremedal, como lobos hambrientos, y todo lo anegó como en un diluvio, y él, que ya era tozudo de nacencia, se empeñó en que le sacara al porche en la vieja mecedora, para poder ver bien la gran curva donde plantó los algarrobos por donde ellos vendrían con la flor en la mano. Y, claro, le dio un pasmo y se quedó alelado, que ya no quiso más ni

el alajú. Allí, con el pelo blanco y la cabeza ladeada, con un hilillo de baba continuo que era una desmesura y desconsuelo. Y yo a su lado, viendo caer la lluvia y haciéndole chantaje a la esperanza, con el deseo en el sueño de que Carlos Alberto me sacara de allí cualquier mañana, antes de que la piel se me quedara como el envero. Que en esas andaba, cuando volvió la lluvia y escupieron las nubes el primer arco iris, y yo entré en el fogón e hice unos puches y marqué un aspa grande en el número 20 del añalejo clavado en la pared, para que se perpetuara en la memoria.

Fulguraba la tarde de un segundo día claro cuando vino don Justo en el caballo y le puso al abuelo las gomas en el pecho, diciéndome que todo habíase cumplido, y que Dios le acogiera, que lo mejor sería llevarle hasta la cama y llamara a don Heraclio para ese bien morir. Pero no le hice caso, porque llegó Quintano cojeando y con la mosca mordisqueando un polemonio, en esa horita tonta en que se crispa el ánimo y una no es ni mujer ni agua ni nada, y se me fue la vez a los tejados, mientras me iba contando que su madre, una gorda cubana llamada Margarita, le conoció al abuelo en

Bahía Vieja, y que a él le pilló un carro entre los alifales y por eso va cojo, pero que está contento de enterrar al abuelo, haberme conocido y ser tan guapa.

Cuando Alipio arreaba la boyada camino de la cerca, el abuelo pareció abrir los ojos hacia la brecolera, mientras las cachipollas zigzagueaban donde el cachirulo de los licores lleno de telarañas y polvo, abandonado a su suerte desde lo de la República en uno de los rincones del porche junto a la mandolina descuerdada que fue del tío Sagrario, pero no vio a Luciana y Sacramento, los de Silveria, que traían una gardenia y ese color oscuro como el café tostado, dejando en el almizcle de la tarde sus blancas dentaduras, moviéndose al ritmo de una chacona, como se mueve Carlos Alberto (con el que me casaré y tendré tres hijos) sobre el pértigo del carro masticando una vaina de ejote camino del majuelo y me tira un beso que deposita en su dedo corazón y que sopla luego para que la brisa me lo haga llegar; y es que me inficciona un no sé qué que me hace más alegre, que incluso el abuelo me lo notaba y se reía entre dientes, en esa lentitud que dan los años y el atolondramiento.

Con la efélide que el sol de los Andes les ha producido en el rostro y la flor del magnolio, llegaron Berenice y Gregorio, los de Cayetana, por la gran curva de los algarrobos que el abuelo te trajo de regalo cuando le dio la gana regresar del otro lado del mundo y te dijo sin más: Aquí me tienes, Elvira, para lo que bien mandes, y te pidió le frieras unos huevos con torreznos y llenaras la jarra de vinazo, a la par que estampaba su manaza de segador en tu orondo trasero; que le reíste la gracia en dictaduras y fuiste dándole largas hasta casi diciembre, donde un mal aire te gripó poco a poco el genio ese tan dulce y se amurrió tu risa entre la sombra hecha tabarra que daban los consejos de don Heraclio el cura, y el agua de colonia para aliviar la fiebre.

Y como nunca hubo poterna por la que salir huyendo de nada y sí una principal casi postigo, por allí se colaron los aires de todas aquellas cartas que de un mes a esta parte le fue trayendo al abuelo, Roga el cartero, con ese aire de mofa cada vez que se las depositaba en el regazo yerto: pilcha vieja y descolorida que se trajo también de allende los mares y de la que no se separaba ni a sol ni a sombra. Que tú, abuela, ya te

sospechaste que en tantos años allí, hubiera frecuentado no una sino cien veces, todas las mancebías de los seis o siete países a los que se refería en sus delirios de fiebre, pero de eso a que las cartas fueran ya más de veinte… Que yo me preguntaba cómo iba a cobijar a tantos primos y de dónde sacaría la malta y el almorí suficientes para las tortas o el mate amargo. ¿Es que acaso tenía que repartir con todos ellos los 40 metros de cobijo, las dos obradas de sembrado y el codo de majuelo que han sido nuestro sustento? ¡Dios Santo…! Comeremos canil y agüita del arroyo, o canías comeremos si han venido a quedarse, pensaba.

-Achira comeremos prima Elvira, me dijo Fidelina la de Engracia, que llegó del Perú con la flor de vainilla en la pollera y era bajita y gruesa, que vos no os preocupéis porque Dios proveerá, mientras besuqueaba las sienes del abuelo que eran como cigüetes, que me quedé pazguata al escucharla, a la vez que sudaba de no saber qué hacer con tan poco predio para repartir y tantas bocas que alimentar. Que en ese lastar andaba cuando no cesaban de arribar parientes, como Plinio y Desdémona, los de Gabriela, con ternura y gavanza florida, que entraron en el porche

sosegados cuando el pulche arreciaba en los naranjos y Santita la de Jaira, con trenza y amapola, que traía faltriquera y un peplo de colores, le anudó un pañuelo gualdo al acuello del abuelo, y la tarde jugaba detrás de las parástades y enjalbegaba sueños de marfil en los ojos y en las nucas del aire que hacía taumaturgias en la miel del paisaje.

Proserpina y Aurelio, los de la tía Conrada, llegaron de Colombia con la flor del bisalto y un tiso de colores chillones, y el primo me miró tan de esa forma, con ese ciquiricata, que anduve confundida media tarde, deshilvanando dudas y en esa desazón de enamorarme, los ojos sin parar en el renadio y el vello en erizadas imposturas jugando al escondite con los suyos de menta que en mí eran chiribitas, porque quería creer que sólo era un chupón que el Solano se lleva, nunca más una daifa como las tías lo fueron del abuelo. Y jugaba a escueznar los pensamientos, porque aunque el primo era un tanto parapoco, hicimos buenas migas y nos contamos cosas. A escueznar pensamientos, salvo los de mi madre que Dios haya perdonado, que vivió en esta hacienda tan tranquila, hasta que el viento, duende rebelde, se amotinó en el moño de

la rabia y en el clarín cortante de una brecha en la tarde en que volvió el abuelo y montó en cólera echándola de casa por el vientre abultado que le hizo el tuerto Aníbal en esa inmadurez que dan los quince años. El tuerto, que tomó un tren al alba buscando libertades y ni segó los cachos de candeal de la Raya; que bien me lo contaste aquel día de san Lucas, mientras me despiojabas, y que yo había empezado a echarle ya unas gotas de beleño en el alajú y el vinazo al abuelo por la meada que te hizo, cuando por el capricho, se marchó con los otros pendejos a buscar la fortuna a las Américas y te dejó a mi madre en las entrañas. ¿Y qué fue lo que trajo? Las manos en los bolsillos y un foco de gonorrea. Eso fue lo que trajo. Que tú te diste cuenta pero te hiciste blanda, puro queso te hiciste, y le dejaste hacer sin darte cuenta de que es un Partearroyo y todos son iguales: fachada y nada más, que el resto, se les va por la boca y la bragueta. ¡Puto abuelo canijo, me alegro reventaras…!

De ese parto maldito la casa anduvo coja y yo en la ventolera del torno de las monjas, con una madre muerta desangrada en el parto que cargué a las espaldas, y un abuelo hecho costra que no me dio cobijo.

Que aunque bien lo intentaste, jamás hubo manera de parar ese ímpetu con que el cura fondón le comió la mollera al pobre viejo. Que todavía puedo decirte, qué de fechas han ido cayendo del añalejo sin que lo olvide ni un solo minuto de cómo me lo contaste aquellas tardes otras cuando ibas al hospicio; que sólo sentía el beso que me dabas cuando ya en los crepúsculos te ibas despacio envuelta en lagrimones, dejándome arrimada a esa otra pena de los hipos sorbidos con los mocos, que fui buscando siempre ese calor machazo, esa hora tonta que a ratitos rezando, creo tuvo mi madre. Que tú fuiste otra cosa, una mano de azúcar y una voz de aguanafa que se te quedó melsa, muda como los pájaros cuando llega noviembre, en ese menguar penas y disomos hasta que se te fue el genio en impotencias y el cancro te hizo suyo en un cerrar los ojos.

Cuatro días te faltaban para saberte muerta cuando el abuelo al fin, quizá harto de lujurias, de tanta desvergüenza o por sentirse viejo, me sacó del hospicio y me puso a tu lado para que te cuidara. Recuerdo que decías: ¡Mi niña! Sólo eso, mientras te daba leche o te peinaba en esa desazón de las dos juntas que el tiempo fue comprando

en agonías, recordando en los besos a mi madre, su pelo ensortijado y ese mirar de otoño que decías que tenía.

De la guacia quedaron algunas flores yertas y un preludio de niebla en las miradas, y todo fue creciendo como un purgar limosnas o una purrela ínfima, mientras Paloma y Zoilo, los de la Adoración, con unas campanillas diminutas, relajaron sus pasos en el porche y en el trago de diamoro para entretener horas y evitar los desmayos, a la mismita vez que Patrocinio, que era hija de Guadalupe, la india que murió al dar a luz un feto macho, me ofrecía una azucena y me decía entre risas: ¡Holita prima Elvira! ¿Qué tal vas con el viejo? Ya ves, le dije yo, ahí anda el pobre hombre, en el séptimo cielo, es una pena, que no pueda veros a todos juntos, pero así son las cosas, perdió el conocimiento va para cuatro días y le he dejado tal en la gran mecedora, mirando hacia la curva del sendero donde me lo pidió y por donde sabía llegaríais poco a poco, que me volvió tarumba un día y otro hasta hacerme diviesos de verle ahí hecho parca.

Una lila preciosa trajeron Áurea y Carmen apretada al mensal de su mano derecha como única esperanza, y me hablaron bajito, en

ese tragaluz de las seis de la tarde, mientras tomaban agua del pinchel, de Crisanta, su madre, una Venus mulata que servía ron y azúcar en un viejo colmado en las Antillas; que está enterrada al sol del mediodía en la verde ladera de un camposanto hermoso con un ángel de piedra entre dos brichos, que allí no tienen nada y que el abuelo, les habló de un conuco y unas onzas de oro que están a buen recaudo en las onagras.

Por las onzas venían, abuelita, ¿qué otra cosa? ¿Pero cómo les digo que eso fue una leyenda y que ya las onagras no tienen ni raíces? Posca le hubieras dado tú al abuelo por irse de la lengua y enredar a esta gente que me miran sin odio y sólo esperan agua y un rato de conversa, alebreados ahí, en derredor del muerto, sin otro menester que acariciarlo, viendo pasar el tiempo y la seroja que alfombra los senderos por donde habrán de irse si Dios no lo remedia.

Todo se hizo receso mientras fuimos entrándole en la casa muerto ya como estaba, que se quedó como un sanmigueleño, mientras la tarde trocaba en tenebrario, y los agnados venidos de tan lejos, jugaban a murmurios, y yo me desdoblaba para no arrepentirme y lanzar escobazos por

doquier, porque no hallaba efugio y aquello era una vesania, un guirigay que hería por todos lados, porque el abuelo se había ido en descomposturas y purgaba por abajo negras reliquias y el olor lo inundaba todo, que Agapito y Liberia, los hijos de Almudena, que llegaban entonces con la flor de dondiego en la pamela de ella, me echaron una mano para lavarle un poco en el pilón antes de que se lo comieran los moscones; y no sé, abuela, pero me pareció que tras una última convulsión, le salió envuelta en bilis su negra alma por la boca.

Maldonada, la que trajo el marrubio de pétalos labiados, que era hija de Esperanza y me llamaba "encanto", me vino con achimes sobre cómo amortajar al pobre abuelo, y casi me da un aire al tropezar en el adral envuelto en las adujas de la cuerda con que la hubiera ahorcado si no fuera por el duelo y la pena que ellos sentían, o por la cancioncilla de su Guatemala natal que entonó despacito, y me fui en lágrimas, mientras Gerardo y Edelmiro, los gemelos de Arcadia, que le trajeron una clavelina, hicieron con la gubia de caña, seis ripias y unos clavos, la caja del entierro, cuando la tarde hozaba en el alezo de una lluvia risueña que calaba

el aciano, y la prima Santita me ayudaba a amasar un poco de acemite, y el horizonte era como un paisaje lindo lleno de crisólitos que se estampaban contra la enredadera en desconsuelo, desquitando las lágrimas y un pujar por llegar cuanto antes a la noche.

Cosa del abuelo debió ser, en ese convenir perezoso que traen lo maleable y lo desconocido, como perezoso y maleable entró don Heraclio, ensotanado y befo, cejijunto y resoplando bulimias, con ojos ensaltados y barriga empachada de bizcochos y enquistada en orines, para rezar un rosario al difunto y degustar un poco de aguardiente y algunas perrunillas, mientras la prima Antera, que vino de Aguas Claras con mimosa en el poncho y era la de Candelas, untaba con matico la cara ya de cera del abuelo, y algunos primos se distraían al juego de la taba en el patio de atrás donde la higuera añeja y reían la tongada de muebles apilados en ese jaquemate de la luna sobre las copas altas del acebo, que ya se acelajaba entre dos luces, y el búho se oía a lo lejos.

Te digo, abuela mía, que estaba allí, en esa tesitura agradecida de una nieta que nunca esperó nada. Un tanto rebasada por los acontecimientos pero contenta al fin,

imaginando cómo hubieras reaccionado tú si llegas a atisbar siquiera que las tales cartas eran de todos éstos, porque el abuelo –bueno era el abuelo- te hubiera sugerido entre bromas y veras: mira mujer, qué más nos puede dar, donde comen tres comen veinte. Y que a lo mejor, con ese genio dulce que tenías, no dijeras ni que sí ni que no, sino que admitirías, porque no sé bien las razones, pero siempre le quisiste y le hubieras perdonado todo.

Pero a pesar de tantos, cada cosa en su sitio, no creas; que a nadie le dio angina y se pasó la noche en hambre pura, dejando la alacena en los papeles y en cáscara el tonel del vino rancio, mientras el abuelo era un fiambre amortajado con su vieja pilcha y el tiso de colores que le echaron Proserpina y Aurelio; que Rogelio el de Casilda que llegó con una ramita de diasén en los labios y flor de sagitaria, entretuvo la pena y el velorio con canciones melosas, mientras yo hacía narvaso al son de la viola que tañía Wenceslao el hijo de Rufina, que me regaló la caléndula y era todo alegría en sus ojos más negros que la noche y el alma del abuelo, y no paraba de alabar que yo había sido fuerte por soportar solita la enfermedad del viejo

y el peso de la hacienda, sin llegar a saber, ni él ni ninguno, que lo fui envenenando poco a poco al muy hijo de…

Por eso ahora, cuando las golondrinas han vuelto a los aleros y el campo es el paisaje de tus ojos y el calor de mi madre, con el recuerdo del abuelo sentado un día y otro en la vieja mecedora frente a los algarrobos que han sido testigos de la pequeña historia de mi vida, en el recuerdo de ese día que la lluvia volvió y en rueda de mate amargo sacamos en volandas al difunto camino del camposanto cuando la torrentera hacía su peor mueca y el mediodía era noche porque la rujiada lo anegaba todo, que hasta el puro agujero que abrieron junto al tuyo Ángelo y Amador, los de Domitila, que llegaron calados con la flor desbuclada de la majuleta, tenía tres palmos de agua, y todos acabamos chupaditos hasta los mismos huesos, que se viró la suerte de tal modo, que la tierra era barro y no hubo flores que quedaran en pétalos, ni las que ellos trajeron como único equipaje, no deseo otra cosa que tomarme una taza de acónito que dejó preparado Maria de los Remedios, la hermana de Argimiro, que son los de Ascensión, y traían en los labios la flor de la canela y una

desolación de doñicales secos comprados en Pinjueque.

Eso y releer las cartas que el abuelo guardaba en lo alto de la cómoda atadas con un lazo terciopelo y olores a cilantro, junto a media docena de pepiones y una fotografía color sepia de cuando el bisabuelo estuvo en el Callao, y que ahora caigo, le leía don Heraclio, que pasaba por casa todas las tardes y fue mermando el rancio y los arropes, y que hacía comentarios jocosos a las quejas del abuelo de que en tantos años allí, sólo encontró trabajo pero que no hizo plata ni hacienda. Plata y hacienda no, Fidel, pero lo que es trabajo, bien clarito lo dicen estas cartas, que no me explico cómo pudiste tener tiempo para engendrar a tantos y de tantas, le decía. Que luego se reían los dos mientras el humo del cuarterón se colaba por debajo de la puerta y el carraspeo de sus toses era una serenata para mis quince años.

Que aquella mala tarde trajo otras muchas cosas que ya te iré contando por esos muchos años que me queden de vida. Que la casa está fría y ya ni las vizcachas se atreven a habitarla; la blanquearé y criaré unos pollos y ya veré qué pasa de ahora en adelante, mas

tú no te preocupes que traeré pensamientos que tanto le gustaban a mi madre y te contaré cómo me van las cosas. Que aquí no queda nadie, ni la lluvia que se fue en los vahídos del abuelo, que una se acostumbró a tenerlo ahí, en esas tembladeras, y ya ves tú, aun habiéndole envenenado y todo, no le echo genio ni disfruto el paisaje.

Aquí me quedaré, a esperar cada tarde a que pase Carlos Alberto, que no sé si te he dicho, me dio el pésame en el entierro y, cuando me miraron sus ojos de avellana, me hice orines sobre la tumba abierta que anegaba la lluvia. Aquí, en el recuerdo de los primos que se fueron tan felices por el mismo sendero que los trajo, al valle de Orosí del que me hablaba Aurita o las llanuras de la Pampa donde nació Gregorio. Aquí, guardando la memoria de mi madre y la tuya, las otras dos Elviras, para heredar la tierra…

Se acabó de imprimir este libro el día 30 de octubre
de 2007, festividad de San Marcelo, en los
Talleres de Imp. Beltrán y estando
al cuidado de la edición el
Servicio de Publicaciones
de la Universidad
de Huelva



Colección Zenobia
Nº 3

©
Universidad de Huelva

©
Patrocinio Gil

Dep. Legal
H-303-07

Imprime
Imprenta Beltrán, S.L.



Universidad de Huelva



Ayuntamiento Moguer